
FILOSOFÍA NATURALISTA

Edmund Husserl

[Home](#)

[Seminarios](#)

[Programas](#)

[Biblioteca](#)

[Links](#)

[Contactenos](#)

[Regresar al Índice de Autores](#)

[Regresar al Índice de Títulos](#)

El naturalismo es una consecuencia del descubrimiento de la naturaleza considerada como unidad del ser espacio-temporal conforme a leyes naturales exactas. Con la realización progresiva de esta idea en las sucesivas ciencias de la naturaleza, que acogen un gran número de conocimientos estrictos, el naturalismo se propaga cada vez más. De un modo muy análogo, el historicismo se desarrolló más tarde como una consecuencia del descubrimiento de la historia y de la fundación de las sucesivas ciencias del espíritu. Siguiendo los hábitos de interpretación dominantes en cada uno, el naturalista tiende a encararlo todo como naturaleza; el que se dedica a las ciencias del espíritu tiende a encararlo como espíritu, como creación histórica y, por consiguiente, ambos tienden a falsear el sentido de aquello que no puede ser encarado a su modo. Así, el naturalista, para ocuparnos ahora sobre todo de él, sólo ve naturaleza y, ante todo, naturaleza física. Todo lo que existe es físico, y como tal pertenece al complejo unitario de la naturaleza física, o bien, aunque sea psíquico, no es más que una variante que depende de lo físico, a lo sumo un fenómeno concomitante paralelo secundario. Todo ser es de naturaleza psicofísica, es decir, está inequívocamente determinado por una legalidad rígida. A nuestro juicio no se hubiera modificado nada esencial en esta concepción, si la naturaleza física en el sentido del positivismo (ya sea de un positivismo que se apoya en un Kant interpretado de un modo naturalista, o de un positivismo que renueva y al mismo tiempo retoma de un modo consecuente a Hume) se hubiese resuelto de un modo sensualista en complejos de sensaciones: colores, sonidos, presiones, etcétera, y, asimismo, la llamada naturaleza psíquica se hubiera resuelto también en complejos complementarios de esas 'sensaciones' o de otras.

Lo que caracteriza a todas las formas del naturalismo extremo y consecuente, que va desde el materialismo popular a las formas más recientes del monismo sensualista y del energetismo, es, por un lado la *naturalización de la conciencia*, inclusive la de todos los datos intencionales inmanentes de la conciencia; por el otro, la *naturalización de las ideas* y, por consiguiente, de todo ideal y de toda norma absoluta.

Al final de cuentas, el naturalismo se suprime a sí mismo sin advertirlo. Tomemos como índice ejemplar de toda idealidad la lógica formal. En ella, como se sabe, el naturalismo interpreta los principios lógico-formales, las llamadas leyes del pensamiento, como leyes naturales del pensamiento. En otra parte (1) demostramos detalladamente que esto implica un contrasentido que caracteriza por excelencia a toda teoría escéptica. También puede someterse a una

crítica semejante la axiología y la doctrina práctica del naturalismo, inclusive la ética, y asimismo la propia praxis naturalista. Pues es inevitable que los contrasentidos teóricos produzcan contrasentidos (desacuerdos evidentes) en la conducta actual, ya sea teórica, axiológica o ética. El filósofo naturalista es, por así decirlo y bien considerado, idealista y objetivista en su procedimiento. Lo anima el deseo de presentar científicamente (o sea de modo obligatorio para todo ser racional) lo que en todas partes es genuina verdad, belleza y bondad auténticas; de hacer conocer el modo de determinarlas de acuerdo a su esencia universal, de alcanzarlas en los casos particulares. Cree haber cumplido su meta por medio de la ciencia de la naturaleza y de una filosofía derivada de la ciencia de la naturaleza; y, entusiasmado con esa idea, se considera maestro y reformador práctico en lo que se refiere a la verdad, el bien, lo bello de acuerdo a la ciencia de la naturaleza. Pero no es más que un idealista que anticipa y pretende fundamentar teorías que niegan justamente lo que presupone en su actitud idealista, ya sea construyendo teorías, ya sea fundando y proclamando a la vez valores o normas prácticas como las más bellas y mejores. Por cierto, tiene sus presupuestos en la medida en que se ocupa de teorías, en que presenta objetivamente valores como normas de validez y en que propone reglas prácticas de acuerdo a las cuales cada uno ha de querer y obrar. El filósofo naturalista enseña, predica, moraliza, reforma (2). Pero niega lo que toda prédica, todo postulado como tal, presupone de acuerdo a su significación. Sólo que no predica como los antiguos escépticos, *expressis verbis*: la única posición razonable consiste en negar la razón, tanto la razón teórica como la axiológica y la práctica. Sin ninguna duda, desecharía tal opinión. No le resulta evidente el contrasentido; se le oculta en el hecho mismo de naturalizar la razón.

Desde este punto de vista, el conflicto ha quedado materialmente resuelto, aun a pesar de que la corriente del positivismo y del pragmatismo - que supera al positivismo en su aspecto relativista - continúa creciendo. Es verdad que justamente por este hecho se ve lo insignificante que es el peso efectivo de los argumentos extraídos de consecuencias. Los prejuicios ciegan, y al que no ve más que los hechos de experiencia y no reconoce valor intrínseco sino a la ciencia empírica, no lo molestarán las consecuencias absurdas que, en la experiencia misma, no pueden ser demostradas como contrarias a los hechos de la naturaleza. Las eliminará como 'escólicas'. La argumentación que procede de las consecuencias termina, además, para aquellos que aceptan la fuerza demostrativa, en una falsa conclusión. Por el hecho de que el naturalismo, que se proponía crear una filosofía basada en la ciencia estricta, filosofía que debía ser ella misma una ciencia estricta, parezca estar en completo descrédito, también su finalidad teórica parece estar desacreditada ahora, y tanto más que también en este sentido se ha desarrollado la tendencia a no poder considerar como estricta más que a una ciencia positiva, y como científica más que a una filosofía fundada en una semejante ciencia. No obstante, todo esto no es más que prejuicio, y sería un error capital querer desviarse por eso de la línea de una ciencia rigurosa. El mérito del poder del naturalismo en nuestro tiempo consiste justamente en la energía con que trata de realizar, tanto en la teoría como en la práctica, el principio del rigor científico en toda la esfera de la naturaleza y del espíritu; en la energía con que aspira a

resolver científicamente a su juicio, los problemas filosóficos del ser y del valor con la ' exactitud propia de las ciencias naturales' . Acaso en toda la vida contemporánea no haya una idea más poderosa y cuyo avance sea más irresistible que la de la ciencia. Nada podrá trabar su marcha triunfal. De hecho, en lo que se refiere a sus objetivos legítimos, lo abarca todo. Pensándola en su perfección ideal, ella aparece como la razón misma, que ya no puede admitir ninguna autoridad a su lado y por encima suyo. Al dominio de la ciencia estricta pertenecen por lo tanto, sin duda, todos los ideales teóricos, axiológicos y prácticos, que el naturalismo falsea al mismo tiempo que les asigna una significación empírica.

Sin embargo, las convicciones generales significan poco cuando no es posible demostrarlas; las esperanzas orientadas hacia una ciencia tienen poca importancia cuando no es posible distinguir las vías que conducen a la realización de sus fines. Por lo tanto; para que no permanezca impotente la idea de una filosofía como ciencia estricta de los problemas indicados y de todos los problemas esencialmente afines, es preciso que no perdamos de vista la clara posibilidad de su realización; es menester que, aclarando los problemas y ahondando su verdadero sentido, se llegue a dar de un modo plenamente inteligible con los métodos adecuados a ellos impuestos por la esencia misma de dichos problemas. Eso es lo que hay que realizar, con lo cual se adquiere al mismo tiempo una confianza viva y activa tanto en la ciencia como en su principio real. Desde ese punto de vista, la refutación del naturalismo a partir de sus consecuencias, por cierto muy útil y hasta indispensable en otros casos tiene muy poco valor para nosotros; sería muy distinto si aplicáramos la crítica positiva necesaria - por lo mismo una crítica de principio - a fundamentos, a métodos, a resultados del naturalismo. En la medida en que la crítica distingue y aclara, en la medida en que nos obliga a perseguir el verdadero sentido de los motivos filosóficos, que en su mayoría están tan vaga y ambiguamente formulados como problemas, ella se presta para evocar las representaciones de los fines y medios mejores para promover positivamente nuestro plan. Con ese fin nos detenemos para examinar más de cerca ese carácter debatido de la filosofía que destacamos más arriba es decir, la *naturalización de la conciencia*. Las relaciones más profundas con las consecuencias escépticas ya señaladas saltarán a la vista en lo que sigue. Al mismo tiempo se hará comprensible toda la amplitud en que se entiende y con que ha de ser fundamentada nuestra segunda objeción que se refiere a la naturalización de las ideas.

Es natural que nuestra crítica no habrá de referirse a las reflexiones más bien populares de los investigadores científicos que hacen filosofía nos ocupamos de la filosofía culta que se presenta con un cariz realmente científico, en particular con un método y una disciplina por los que esta filosofía cree haber alcanzado definitivamente la jerarquía de ciencia exacta. Está tan seguro de serlo que desprecia toda otra manera de filosofar. A su juicio, toda otra manera de filosofar se comporta frente a la suya, que es exacta y científica como la confusa filosofía de la naturaleza del Renacimiento frente a la juvenil mecánica exacta de Galileo, o la alquimia frente a la química exacta de Lavoisier.' Cuando se inquiere sobre cuál es la filosofía exacta, aunque todavía poco desarrollada, que corresponde a la mecánica exacta, se nos indica la psicología psicofísica y, sobre

todo, la psicología experimental, que sin duda, ostenta - y nadie se lo puede discutir- la jerarquía de ciencia estricta. Ella es, se dice, la psicología científica exacta buscada desde hace mucho tiempo y por fin realizadas; gracias a ella, la lógica, la teoría del conocimiento, la estética, la ética y la pedagogía han adquirido por fin su fundamento científico y están en vías de convertirse en ciencias experimentales. Se dice, además, que la psicología estricta es evidentemente el fundamento de todas las ciencias del espíritu y también de la metafísica. Se admite que en lo que se refiere a la metafísica, ella no es el único fundamento, puesto que la ciencia física de la naturaleza participa en el mismo grado en la fundamentación de esta doctrina de la realidad, que es la más universal.

A esto oponemos las siguientes objeciones: primero, que hay que comprender, como lo mostraría una breve consideración, que la psicología en general, como ciencia de hechos, es inadecuada para fundar esas disciplinas filosóficas que se ocupan de los principios puros de toda normación, o sea: la lógica pura, la axiología y las prácticas puras. Podemos ahorrarnos una exposición más detallada; evidentemente nos llevaría de nuevo a los contrasentidos escépticos ya discutidos. Pero en lo que se refiere a la gnoseología, que nosotros separamos de la lógica pura - en el sentido de una *mathesis universal pura* (y que en cuanto tal nada tiene que ver con el conocimiento)-, se puede decir mucho contra el fisicismo y el psicologismo gnoseológicos; es preciso señalar aquí algunos rasgos.

En virtud de su punto de partida, toda ciencia de la naturaleza es ingenua. La naturaleza que ella pretende estudiar existe simplemente. Se sobrentiende que las cosas son, cómo cosas en reposo o en movimiento, que cambian en el espacio infinito, y como cosas temporales en el tiempo infinito. Las percibimos, las describimos en simples juicios- de experiencia. La ciencia de la naturaleza se propone conocer de un modo objetivamente válido y rigurosamente científico esos datos evidentes. Ocurre lo mismo para la naturaleza, en el más amplio de los sentidos de la palabra, el sentido psicofísico, o bien para las ciencias que la estudian, por ejemplo, la psicología. El orden psíquico no es un mundo en sí; está dado como yo y como vivencia del yo (en un sentido por lo demás muy diferente), y como tal se presenta en la experiencia, ligado a ciertas cosas físicas llamadas cuerpos. También esto es un dato previo evidente. Por lo tanto, la tarea de la psicología es estudiar científicamente lo psíquico en el complejo psicofísico de la naturaleza en que se da, determinarlo de un modo objetivamente válido y descubrir las leyes según las que se forma y se transforma, aparece y desaparece. Toda determinación psicológica es *eo ipso* psicofísica, es decir, en el sentido más alto de la palabra (al que nos atenemos de ahora en adelante), ella tiene siempre un sentido físico que jamás abandona. Aun cuando la psicología - ciencia de la experiencia - se propone exclusivamente la determinación de los puros acontecimientos de la conciencia y no de los nexos psicofísicos en el sentido habitual y más estrecho del término, esos acontecimientos son pensados sin embargo como pertenecientes a la naturaleza, es decir, a conciencia de hombres y de animales y se comprende de un modo evidente que, por su parte, estas conciencias están ligadas a cuerpos humanos o animales. La desconexión de la relación con la naturaleza privaría a lo psíquico del carácter de hecho natural determinable objetiva y temporalmente, en

suma, de su carácter de hecho psicológico. Por lo tanto, recordemos lo siguiente: todo juicio psicológico contiene en sí, explícitamente o no, la posición existencial de la naturaleza física.

Por lo tanto, resulta evidente la argumentación que sigue: si hubiera argumentos decisivos que probaran que la ciencia física de la naturaleza no puede ser filosofía en el sentido específico de la palabra, ni servir jamás de algún modo de fundamento a la filosofía, ni adquirir un valor filosófico para los fines de la metafísica, sino sobre la base de una filosofía anterior, todos estos argumentos serían aplicables sin más a la psicología.

Pero no faltan argumentos de esa índole.

Basta recordar la 'ingenuidad' con que, de acuerdo a lo que ya se ha dicho, la ciencia de la naturaleza acepta como dada la naturaleza. Es una ingenuidad que es impercedera en ella, diríamos, que, por ejemplo, se repite de nuevo en cada etapa de su actividad, en que recurre a la simple experiencia - y al final reduce todo método de la ciencia experimental justamente a experiencia. Es verdad que la ciencia de la naturaleza es muy crítica a *su* manera. La simple experiencia individual aun cuando esté acumulada, no tiene todavía mucho valor en sí. Las experiencias válidas y las no válidas se distinguen por la disposición y la conexión metódica de las experiencias, por la alternancia lógica y estrictamente regulada entre experiencia y pensamiento, y por ellas cada experiencia cobra sus matices de valor y se elabora en conocimiento (conocimiento de la naturaleza) objetivamente válido. Pero en la misma medida en que esta crítica de la experiencia puede satisfacernos, mientras nos encontramos dentro de la ciencia de la naturaleza, y pensemos colocándonos en esa actitud, en esa misma medida todavía es posible e indispensable otra crítica de la experiencia, una crítica que ponga en duda la experiencia total como tal y al mismo tiempo el pensamiento científico obtenido por la experiencia.

¿Cómo la experiencia en tanto acto de conciencia puede dar o encontrar un objeto? ¿Cómo pueden justificarse y rectificarse recíprocamente las experiencias por medio de experiencias y no invalidarse o confirmarse subjetivamente? ¿Cómo debe realizarse el juego de una conciencia cuya lógica es lógica de la experiencia, para formular enunciados válidos objetivamente, válidos para cosas que son en sí y por sí? ¿Por qué las reglas del juego de la conciencia no pueden ser aplicadas, diríamos, a las cosas? ¿Cómo ha de tornarse absolutamente inteligible la ciencia de la naturaleza que es en sí - en sí frente al flujo subjetivo de la conciencia? Todas estas preguntas se transforman en enigmas en cuanto la reflexión se dirige seriamente hacia ellas. Se sabe que la gnoseología es la disciplina que pretende responder a aquellas preguntas y que, hasta el presente, a pesar de todo el trabajo de reflexión que le han consagrado los más grandes investigadores, no ha encontrado aún una respuesta científicamente clara, definitiva, unívoca.

Basta mantenerse fiel, de un modo estricto y consecuente, al nivel de esta problemática (lo que faltó, por cierto, a *todas* las anteriores teorías del conocimiento), para reconocer el *absurdo* de toda 'gnoseología

naturalista', y por lo mismo también de la psicológica. Aun cuando los enigmas son, hablando en general, inmanentes en principio a la ciencia de la naturaleza, es obvio que sus soluciones de acuerdo a las premisas y las conclusiones son, en principio, trascendentes a las mismas. Se caería en un círculo vicioso si se esperase de la ciencia de la naturaleza misma la solución de todo problema que se refiere a ella como tal que se refiere a ella, como totalidad desde el comienzo hasta el final. También sería absurdo imaginar que podría aportar cualquier premisa para la solución de tal problema.

También resulta evidente que toda posición científica y precientífica de la naturaleza, y al mismo tiempo todo enunciado que implique asertos existenciales *téticos* de realidades en el marco del espacio, del tiempo, de la causalidad, etc., habría de quedar excluido de una gnoseología que debe conservar su sentido integral, si se quiere que esa gnoseología conserve su sentido unitario. Esto naturalmente se extiende a todos los asertos de existencia que se refieren a la existencia del investigador, a sus facultades psíquicas, etcétera.

Además, si la gnoseología pretende estudiar los problemas de las relaciones entre la conciencia y el ser, sólo puede tener presente el ser como correlato de la conciencia, como algo 'mentado' al modo de la conciencia: como percibido, evocado, esperado, representado por imágenes, fantaseado, identificado, diferenciado, creído, supuesto, valorado, etc. Se ve pues que el estudio tiene que referirse a un conocimiento científico de la esencia de la conciencia, a lo que la conciencia misma 'es' por esencia en todas sus formas, pero al mismo tiempo a lo que ella 'significa', y también a los distintos modos - en relación con la esencia de dichas formas - en que enfoca el orden del objetivo - con claridad o sin ella, presentando o *representando*, como signo o como imagen, inmediatamente o por medio del pensamiento, en uno u otro modo de la atención y así en una cantidad infinita de otras formas - y en los que eventualmente 'manifieste' lo objetivo como ente 'álido', 'real'.

Cada especie de objeto, que puede ser objeto de un discurso racional, de un conocimiento precientífico y luego científico, tiene que manifestarse en el conocimiento, por lo tanto en la conciencia misma y, de acuerdo al sentido de todo conocimiento, ha de poder transformarse en *dato*. Todos los modos de conciencia - tal como se disponen entre sí, por así decirlo teleológicamente, bajo el título de conocimiento, y, puntualizando, tal como se agrupan de acuerdo a las distintas categorías de objetos (en cuantos grupos, especialmente correspondientes a ellos, de funciones de conocimiento)-, tienen que ser estudiados en su conexión esencial y en su relación recurrente con formas anteriores de la conciencia del dato. El sentido de la cuestión de derecho, que ha de plantearse a todo acto cognoscitivo, debe ser comprendido como la explicación total de la esencia de la legitimación ideal o validez - y esto para cada estrato del conocimiento y, en el más elevado, para el conocimiento científico.

La conciencia misma es precisamente la que debe hacer evidente y completamente inteligible qué es la objetividad y que ella se manifiesta de un modo cognoscible como siendo y como siendo así. Para ello es necesario el estudio de toda la conciencia, pues ella interviene, de acuerdo a todas sus formas, en las funciones posibles

del conocimiento. Pero en la medida en que cada acto de conciencia es 'conciencia de', el estudio de la esencia de la conciencia comprende también el estudio de la significación y de la objetividad de la conciencia como tal. Estudiar cualquier especie de objetividad según su esencia general (estudio que puede perseguir intereses alejados de la gnoseología y de la investigación de la conciencia) significa ocuparse de sus modos de darse y agotar el contenido de su esencia en los procedimientos propios de clarificación. Aun cuando aquí la actitud no enfoca los modos de conciencia ni el estudio de su esencia, el método de clarificación es tal que aun en ese caso es indispensable la reflexión sobre los modos de ser-mentado y de ser-dado. Pero, por otra parte, la clarificación de todo modo fundamental de objetividad es en todo caso indispensable para el análisis de la conciencia, y por consiguiente está comprendida en él; pero sólo en el análisis gnoseológico que se dedica justamente a investigar las correlaciones. Por eso comprendemos bajo el título de *fenomenológicos* todos esos estudios, aun cuando relativamente se los pueda distinguir.

Con esto daremos en una ciencia - de cuyo enorme alcance no se han dado cuenta aún los contemporáneos - que, en verdad, es una ciencia de la conciencia y no es, sin embargo, psicología: una *fenomenología de la conciencia* en oposición a una *ciencia natural de la conciencia*. Puesto que aquí no se trata de un equívoco accidental, existe desde un principio el derecho de esperar que la fenomenología y la psicología estén íntimamente ligadas, por cuanto cada una de ellas se ocupa de la conciencia, aunque de modo diferente y de acuerdo a una 'actitud' diferente. Lo que queremos decir es que la psicología se ocupa de la 'conciencia empírica', de la conciencia en la actitud de la experiencia, como existente en el orden de la naturaleza, mientras que la fenomenología se ocupa de la conciencia 'pura', es decir, de la conciencia en la actitud fenomenológica.

Si esto es, exacto, el resultado sería - sin desmentir la verdad que la psicología no es filosofía ni puede serlo, como tampoco lo es la ciencia de la naturaleza- que la psicología debe hallarse, por razones esenciales, más cerca de la filosofía - a saber, a través de la fenomenología y que en su destino ha de permanecer íntimamente unida a ella. Al final se llegaría a prever que toda gnoseología psicologista se debería al hecho de que, careciendo del sentido exacto de la problemática gnoseológica, cae en la confusión - fácilmente explicable al parecer - de la conciencia pura y la conciencia empírica, lo que quiere decir que ella 'naturaliza' la conciencia.

Ésta es mi interpretación y en lo que sigue lo demostraré reiteradamente.

Lo que acabamos de decir en general y especialmente lo que afirmamos sobre la íntima afinidad entre la psicología y la filosofía, concuerda por cierto muy poco con la *psicología exacta moderna*, que está lo más lejos posible de la filosofía. Con todo, a pesar de las pretensiones de esta psicología de ser, a causa del método experimental, la única psicología científica, a pesar de su desdén para la 'psicología académica', debo declarar que es errónea la opinión que la considera como *la psicología*, la ciencia psicológica por excelencia - error de graves consecuencias. El principio constante de esta psicología es rehuir todo análisis directo y puro de la conciencia -, es

decir, el 'análisis' y la 'descripción' (que deben ser realizados sistemáticamente) de los datos que se presentan en las diversas direcciones posibles del contemplar inmanente - en favor de todas las fijaciones indirectas de los hechos psicológicos o derivados de la psicología, que sin tal análisis de la conciencia tienen un sentido inteligible, al menos exteriormente. Para comprobar experimentalmente esas regularidades psicofísicas, ella se conforma justamente con burdos conceptos de clase tales como percepción, visión de la fantasía, enunciación, cálculo, error de cálculo, estimación de magnitudes, reconocimiento, expectación, retención, olvido, etc. Del mismo modo, también por otro lado, el fondo de tales conceptos con que ella opera limita los problemas que se plantea y las comprobaciones de que es capaz.

Puede decirse que la relación entre la psicología experimental y la psicología originaria es análoga a la que existe entre la estadística social y la ciencia social ordinaria. Dicha estadística reúne hechos importantes, descubre en ellos regularidades importantes, pero de un orden muy mediato. Sólo una ciencia social originaria puede llegar a la comprensión exhaustiva, a su aclaración real, es decir, una ciencia social que reduzca los fenómenos sociales al estado de datos inmediatos y los investigue en su esencia. De modo análogo, la psicología experimental es un método para comprobar hechos y regularidades psicofísicas eventualmente importantes, los que, sin embargo, sin una ciencia sistemática de la conciencia que estudie de un modo inmanente lo psíquico, carecerán totalmente de la posibilidad de ser comprendidos más profundamente y de ser juzgados científicamente de un modo definitivo.

La psicología exacta no advierte el gran defecto de su procedimiento y su ceguera es tanto mayor cuanto más vivamente se opone al método de la introspección, gastando su energía para superar con el método experimental los defectos del *método introspectivo*. Esto equivale a subsanar los defectos de un método que, como se puede demostrar, carece de toda importancia para la tarea que nos ocupa. Pero la presión de lo que es precisamente psíquico resulta ser demasiado poderosa como para que no se hayan efectuado, al menos algunas veces, los análisis de conciencia. Sólo que de ordinario dichos análisis son de una ingenuidad fenomenológica que contrasta notablemente con la seriedad indudable con que esta psicología aspira a la exactitud y que en rigor logra en más de un aspecto (cuando toma decisiones relativas a sus propósitos). Esta ingenuidad se manifiesta cada vez que las comprobaciones experimentales se refieren a fenómenos sensibles y subjetivos que hay que describir y caracterizar con precisión, y a los fenómenos objetivos, es decir, sin introducir ningún concepto ni aclaración que lleven a la verdadera esfera de la conciencia. Además se manifiesta allí donde las comprobaciones se refieren en general a las clases propiamente dichas de lo psíquico y esas clases se presentan evidentemente muy a menudo sin un análisis profundo de la conciencia, siempre que se renuncie a seguir el sentido genuinamente psicológico de las comprobaciones.

Sin embargo, el motivo por el que todo lo que es radicalmente psicológico se pierde en los análisis ocasionales, es que el sentido y los métodos de la tarea a realizarse, lo mismo que la inmensa riqueza

de diferenciaciones de la conciencia - que pasan inadvertidos para el que no se halla metódicamente ejercitado - sólo aparecen en una fenomenología pura y sistemática. De este modo, justamente por considerarse metódicamente completa y rigurosamente científica, la psicología moderna tan exacta se convierte *de facto* en no científica en los casos en que pretende penetrar en el sentido de lo psíquico contenido en las leyes psicofísicas, es decir, en los casos en que quiere llegar a una interpretación realmente psicológica. Lo mismo ocurre también en los casos en que con el esfuerzo por llegar a conocimientos más profundos y penetrantes, los defectos de las representaciones no aclaradas de lo psíquico llevan a plantear problemas de un modo oscuro y conducen, por consiguiente, a meros resultados aparentes. El método experimental es indispensable cada vez que se trata de fijar las conexiones intersubjetivas de los hechos; pero presupone lo que ninguna experiencia es capaz de realizar: el análisis de la conciencia misma.

Los pocos psicólogos que, como Stumpf, Lipps y otros afines, reconocieron esa falla de la psicología experimental, fueron capaces de apreciar el impulso dado por Brentano - impulso de auténtica resonancia - y por lo mismo se empeñaron en proseguir a fondo la investigación analítico-descriptiva de las vivencias intencionales; sin embargo, los fanáticos del método experimental los acusan de presentar una doctrina incompleta, o bien, en el caso de los que actúan en el dominio experimental, los juzgan exclusivamente desde ese punto de vista. Y siempre se los combate y acusa de escolásticos. Las generaciones venideras no dejarán de extrañarse que al estigmatizar como escolásticos a esos psicólogos, se haya impugnado los primeros esfuerzos modernos para estudiar en serio y de la única manera posible la inmanencia, por medio de un análisis inmanente o, hablando con más precisión, por medio de un análisis de la esencia. Esto ocurrió así sólo porque el punto de partida natural de dichas investigaciones está en las denominaciones usuales para lo psíquico; sólo después de haberse acostumbrado a esas denominaciones, se estudian los fenómenos a que ellas se refieren en primer lugar de una manera vaga y equívoca. Es verdad que el ontologismo escolástico también se deja conducir por el lenguaje (con lo cual no pretendo que toda investigación escolástica sea ontológica), pero se equivoca al sacar juicios analíticos de las significaciones de las palabras, creyendo que con ello ha adquirido el conocimiento de los objetos. Pero el que practica el análisis fenomenológico, que no deduce ningún juicio de los conceptos verbales, sino que observa cuidadosamente los fenómenos que evoca el lenguaje por medio de las palabras en cuestión, penetrando hasta lo hondo de los fenómenos que constituyen la realización plenamente intuitiva de los conceptos de experiencia, de los conceptos matemáticos, etc., ¿ acaso merece también ser tildado por eso de escolástico?

Hay que tener en cuenta que todo lo psíquico, siempre que se lo entienda de un modo plenamente concreto, que debería ser el primer objeto de investigación para la psicología lo mismo que para la fenomenología, tiene el carácter de una 'conciencia de' ~~án~~ o menos complejo; que esta 'conciencia de' tiene una abundancia desconcertante de formas; que toda expresión que al comienzo de la investigación puede servir para la comprensión y la descripción objetiva, es fluctuante y equívoca, por lo tanto el primer paso no

puede ser más que la elucidación de los equívocos más patentes, más burdos. La fijación definitiva del lenguaje científico presupone el análisis completo de los fenómenos - meta que aún está muy lejos, y en la medida en que este análisis no se logre, el progreso de la investigación visto desde afuera se mueve en un campo considerable y consiste en comprobar nuevos equívocos que sólo ahora aparecen y, en rigor, se refieren a conceptos que ya se creían fijados en las investigaciones anteriores. Evidentemente esto es inevitable por estar arraigado en la naturaleza de las cosas. Por lo mismo es preciso juzgar la profundidad de comprensión y el modo despectivo con que los protectores declarados de la exactitud y del carácter científico de la psicología hablan de los análisis ' puramente verbales' , puramente ' gramaticales' y ' escolásticos' .

En la época de viva reacción contra la escolástica, el grito de batalla era: ¡ Fuera los estériles análisis de palabras! Hay que preguntar a las cosas mismas. ¡ Volvamos a la experiencia, a la intuición, que es la única que puede dar sentido y derecho racional a nuestras palabras! ¡ Magnífico! Pero, ¿ qué son las cosas y a qué clase de experiencia hay que volver en psicología? ¿ Las cosas son acaso las preguntas que formulamos al sujeto en nuestras investigaciones? ¿ Y el significado de sus testimonios en la ' experiencia' de lo psíquico? Los mismos experimentalistas dirán que eso no es más que experiencia secundaria; la experiencia primaria se encuentra en el sujeto mismo y, del lado de los psicólogos experimentadores e interpretadores, se encuentra en sus propias percepciones anteriores que, por buenas razones, no eran ni pueden ser introspecciones. Los experimentalistas, críticos acérrimos de la introspección y de la psicología académica que, según ellos se basa exclusivamente en la introspección, se jactan de haber desarrollado el método experimental hasta el punto de utilizar la experiencia directa sólo bajo la forma de ' experiencias accidentales, no separadas y no provocadas deliberadamente' , eliminando del todo la tan difamada introspección (3). Por cierto esto entraña alguna ventaja en *un* sentido, a pesar de sus exageraciones, pero me parece que por otra parte hay en esta psicología un error de principio que cabe subrayar, a saber, que coloca los análisis realizados en la comprensión endopática de las experiencias ajenas y también los análisis a base de vivencias que en su momento no fueron observadas, en el mismo plano que el análisis de experiencia (aun indirecta) de la ciencia física de la naturaleza, y de este modo cree ser ciencia experimental de lo psíquico en el mismo sentido, en principio, en que la ciencia física de la naturaleza es ciencia experimental de lo físico. Ignora el carácter específico de ciertos análisis de conciencia, que deberían ser previos para que las experiencias ingenuas (observadas o no observadas, desenvueltas en el marco de la presencia actual de la conciencia o en el recuerdo o de la endopatía) puedan convertirse en experiencias en un sentido científico.

Tratemos de aclarar este punto.

Los psicólogos creen que deben todo su conocimiento psicológico a la experiencia, es decir, a todos los recuerdos ingenuos o a la proyección endopática en los recuerdos que, en virtud de las artes metódicas del experimento, deben convertirse en fundamentos de las conclusiones experimentales. Sin embargo, la descripción de los datos de la

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

